

pone. Si queréis estar iluminados, sed vosotros mismos una antorcha, porque, si amáis las tinieblas y las pasiones tenebrosas, os privarán de la luz y os cegarán (1).

El pecado es un error práctico, el error de la vida y de las costumbres, según las palabras de los Proverbios; Los que obran mal, están en el error: *Errant qui operantur malum.* (XIV. 22).

Hay mucha analogía entre el pecado y las tinieblas: 1.º así como las tinieblas privan al hombre de la luz, el pecado le priva de la gracia que es una luz del Cielo... 2.º El que anda en las tinieblas, no ve y tropieza á menudo: el pecador no ve nada de lo que debiera ver, y cae con frecuencia... 3.º Las aves de tinieblas no pueden sufrir el resplandor del día; los pecadores huyen de la luz, de la razón y de la gracia, porque les cansa, como dice Jesucristo: Todo el que obra mal, aborrece la luz y no se expone á ella por medio de que no ataque sus obras: *Qui male agit, odit lucem, et non venit ad lucem, ut non arguantur opera ejus.* (Joann. III. 20). 4.º Los pecados son obras del príncipe de las tinieblas... 5.º La mayor parte de los pecados se cometen á la sombra... 6.º Los pecados tienen por causa las tinieblas; derivan de la ceguedad voluntaria que lleva al pecador á entregarse á una pasión momentánea á costa de su descanso, de la paz de conciencia, de la felicidad eterna y de la posesión de Dios... 7.º Los pecados ciegan el espíritu de una manera sorprendente... 8.º Conducen á las tinieblas del infierno...

Los grandes pecadores son tan ciegos, que nada se echan en cara; cuantas más iniquidades tienen en la conciencia, ménos piensan en ellas. ¡Qué ciegos! Debieran recordar las palabras de S. Juan: Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos á nosotros mismos; y la verdad no está en nosotros. *Si dixerimus quoniam peccatum non habemus, ipsi nos seducimus et veritas in nobis non est.* (I. I. 8); y aquellas otras palabras del apóstol Santiago: Todos faltamos en muchas cosas: *In multis offendimus omnes.* (III. 2).

Todo el que permanece en Dios, no peca, y todo el que peca no le ha visto ni conocido: *Omnis qui in eo manet, non peccat; et omnis qui peccat, non vidit eum, nec cognovit eum.* (I. III. 6).

El Real Profeta dice: ¿Quién puede sorprender todos los extravíos del corazón? Purifícame, Señor, de mis faltas ocultas: *Delicta quis intelligit? Ab oculis meis munda me.* (XVIII. 13-14). Mis pecados, dice en otra parte el mismo profeta, me han precipitado en un profundo lodo, en sitios de tinieblas y á la sombra de la muerte: *Posuerunt me in lacu inferi, in tenebris, et in umbra mortis.* (LXXXVII. 7). Mi pecado que es mi mortal enemigo, me ha sepultado en las tinieblas como á los antiguos muertos; *Collocavit me in obscuris sicut mortuos seculi.* (CXLII. 3). Mis pecados me han sepultado en las tinieblas, como á los muertos eternos, dice á su vez la hija de Sion por boca de Jeremías: *In tenebris collocavit me quasi mortuos sempiternos.* (III. 6).

El hombre que quiere pecar es tan ciego que se sirve del lenguaje que usó la serpiente con Eva: ¿A qué tal prohibición? ¿A qué no poder entregarnos á

(1) Noli calore in peccatum, et non tibi occidet hie sol. Si tu feceris casum, tibi faciet occasum. Si videre lucem cupis, esto et tu lux; si enim tenebras et tenebrosas cupiditates ames, obtenebrabunt, imo excecabunt te. (In Psal.)

tal placer? No hay en esto el mal que se supone, es una piadosa exageración. ¡Qué! ¡por un goce de un momento, un infierno eterno! Esto no es verdad; *Cur precepit vobis Deus ut non comederetis?... Nequaquam moriemini* (Gen. III. 1-4). Como Eva, observa que tal ó cual fruto debe ser bueno para comer, hermoso á la vista y de un aspecto apetitoso; lo toma, y lo gusta. Entónces se abren sus ojos, y se encuentra desnudo, despojado de la gracia y de la amistad de Dios. (Gen. III. 6-7). El fruto del orgullo, del deleite, de la gula, del amor del mundo, parece bueno y hermoso, porque tenemos la vista viciada, el gusto depravado y el corazón enfermo, pero tenemos la suerte de Adán y Eva... El castigo sobre los ojos que el pecado había cerrado, dice S. Gregorio: *Oculos, quos culpa claudit, pena aperit* (Lib. in Genes.); pero entónces es demasiado tarde; hubiéramos debido abrirlos ántes de caer...

En su ceguedad, mi pueblo ha cometido dos males, dice el Señor por boca de Jeremías: me ha abandonado á mí, manantial de agua viva, y ha fabricado cisternas abiertas que no pueden contener el agua. (II. 3.) Es una prueba evidente, dice S. Agustín, de que Dios es un bien y un gran bien, el que ninguno de los que de él se apartan sea feliz; pues los que se encanegan en los goces de empozoñados deleites no pueden ménos de temer algun dolor. Y los que extraviados por mayor orgullo no conocen absolutamente qué mal es haber abandonado á Dios, dejan, sin embargo, ver á los que saben reconocerlo cuánta es su miseria (1).

Como la verdad dicha sólo está en Dios, el pecador que la rechaza se expone á todas las amarguras.

Habéis colocado sobre vosotros una espesa nube que intercepta vuestra oración, dice Jeremías: *Opposuisti nubem tibi, ne transeat oratio.* (Lament. III. 44).

Los pecados se llaman nubes: 1.º porque sus vapores densos y negros que salen del corazón corrompido como de un pantano cenagoso...; 2.º porque privan el alma de la luz y del calor del sol eterno que la hubieran hecho hermosa y fecunda...; 3.º porque si el granizo y el rayo nos vienen de las nubes, la ira y los castigos de Dios nos vienen del pecado...; 4.º porque si las nubes separan la tierra del Cielo, é impiden que la mirada penetre hasta las azules llanuras del firmamento, los pecados separan al hombre de los Santos, de los ángeles y de Dios, y no le permiten ver el juicio que le espera, ni el infierno que se abre para darle sepultura...

El demonio con sus lazos tiene á los pecadores cautivos bajo su voluntad, dice el apóstol de las gentes: *A diaboli laqueis captivi tenentur ad ipsius voluntatem.* (II. Tim. II. 26). Podemos compararles con el pájaro que un niño tiene atado; vuela, pero no es libre.

Del alma que era templo de Dios, el pecado mortal hace una morada de Satanás...

(1) Quantum et quale bonum sit Deus, etiam ex hoc evidenter ostenditur, quod nulli a Deo recedenti bene est; quia et qui gaudet in mortiferis voluptatibus, sine doloris timore esse non possunt. Et qui omnino malum desertionis sub majore superbia timore non sentiunt, atque qui hoc noverunt discernere, quanta sit miseria, apparet. (In Genes.)

Los pecadores, dice Bossuet, son esclavos del que se ha declarado enemigo de Dios; esclavos de Satanás, de aquel espíritu sombrío, tenebroso, furioso y desesperado, que no respira más que odio, disensión y envidia; esclavos de aquel espíritu soberbio, falaz y envidioso que, habiéndose perido sin esperanza, sólo es ya capaz de aquella negra y maligna alegría que tienen los malos al encontrar cómplices, el envidioso al tener compañeros, y el soberbio humillado al arrastrar consigo á otros; esclavos del demonio, cuyo odio es implacable, es tanto aquel odio, notado bien, y admirado de tal exceso, es tan grande contra el pecador, que se place no sólo en desolar, sino también en manchar el alma y degradarla. Prefiere corromper á atormentar; tiene mayor placer en quitar la inocencia que el reposo, y en hacernos malos y desgraciados. Si bien, cuando aquel vencedor cruel se ha hecho dueño de un alma, se enfurece, la destruye, la azota y la viola; la viola no tanto para satisfacerse como para deshonrarla y envilecerla. La mancha, y luego la desprecia; sucede como á las mujeres que son el ludibrio de aquellos por quienes cobarde é indignamente se han prostituido.

Mirad, dice Isaías, mirad que habeis sido vendidos en medio de vuestras iniquidades: *Ecces in iniquitatibus vestris venditi estis.* (L. 1.). Habeis sido vendidos por nada: *Gratis venundati estis.* (Id. LII. 3).

Dios vende á los pecadores, es decir, los entrega al demonio; porque por sí mismo el demonio no tiene ningun derecho sobre el hombre, aunque sea pecador; pero Dios se lo entrega como un sér vil, despreciable, culpable de esa majestad Divina; como la justicia humana entrega á un verdugo...

Pero no sólo es el pecador esclavo del demonio; lo es también de la concupiscencia, de las pasiones y del pecado.

Descarguémonos de todo peso y del pecado que nos rodea, dice S. Pablo: *Deponetes omne pondus, et circumstans nos peccatum.* (Hebr. XII. 1).

1.º La concupiscencia nos envuelve, haciéndonos una guerra encarnizada y poniendo obstáculos á que obremos bien. 2.º El pecado nos envuelve, nos encadena é impide la libertad de nuestros movimientos. 3.º Nos envuelve, es decir, se une estrechamente á nosotros.

El pecador es vendido bajo el pecado, dice S. Pablo: *Venundatus sub peccato.* (Rom. VII. 14). Para comprender bien lo que significa esta expresion es preciso recordar que los romanos tenían la costumbre de coronar de flores á los prisioneros de guerra que ponían en venta, lo que se llamaba *vendere, venundare sub corona*. Por consiguiente *venundari sub peccato*, significa literalmente ser vendido ó entregado por Dios al demonio con el peso de los pecados cometidos colocados en la cabeza, á manera de terrible corona.

La Sagrada Escritura nos enseña que los hebreos oprimidos por Faraon fueron empleados en confeccionar ladrillos, y para cocerlos el Rey les proporcionaba cierta cantidad de paja. Comentando el pasaje del Exodo que habla de este trabajo (c. I. et V.), S. Bernardo dice: Bajo el yugo de Faraon se hacen trabajos de barro; Faraon, el demonio, nos da la paja, es decir, los pensamientos ligeros y culpables; la paja se inflama pronto, y queda consumida en un instante. Los malos pensamientos sugeridos por el demonio producen rápidamente un gran fuego en el espíritu, prestándose á ello la carne corrompida. Con la paja encendida hacían cocer barro ó tierra humedecida para fabricar

ladrillos; con la paja del deleite, los malos pensamientos que son como el barro, se calientan y convierten en actos y costumbres que llegan á ser sólidos y resistentes como la tierra endurecida al fuego. (In Exod.)

Desgraciados de vosotros, dice Isaías, desgraciados los que arrastrais la iniquidad con sus lazos de vanidad y el pecado como las lanzas de un carro: *Vae qui trahitis iniquitatem in funiculis vanitatis, et quasi vinculum plastris peccatum!* (v. 18).

El profeta, dice S. Jerónimo, llama al pecado lazo de vanidad, porque el pecado está pronto tejido; es vano en sí mismo, y fútil como una telaraña; pero, cuando queremos salir de él, encontramos que nos aprisiona con solidísimos lazos (1).

Sanson queda cogido por los lazos de Dalila, pierde su fuerza, se debilita, y es vencido y entregado á los filisteos que le arrancan los ojos y le obligan á dar vueltas á una noria como una bestia de carga. ¿Qué es Dalila, sino la concupiscencia? ¿Y qué son los filisteos, sino las impetuosas pasiones del alma?

El pecador es esclavo de sus pasiones. Tiene tantos tiranos como pasiones diversas... El Evangelio dice que el pródigo se hizo esclavo de un dueño duro y avaro (Luc. XV. 15-16); más desgraciado que el pródigo, el pecador se hace esclavo de una multitud de dueños cuya crueldad es incomparable...

El pecado sumerge al pecador en una prision oscura; ó más bien, el mismo pecado es su cárcel...

Ha edificado (el pecado) al rededor mio para que no salga, dice el profeta Jeremías, y ha hecho más pesadas mis cadenas: *Circum edificavit adversum me, ut non egrediar; aggravavit compedem meam.* (Lament. III. 7).

El pecado mortal, dice S. Agustín, encierra al hombre que lo comete; y la recaída cierra con llave la puerta de aquella cárcel, y el hábito la tapia. (De Morib. Eccles.)

El pecado mortal precipita, lo que es peor, en las cárceles infernales...

El salario del pecado es la muerte, dice S. Pablo: *Stipendia peccati mors.* (Rom. VI. 23). ¡Terrible salario! el aguijon del pecado es la muerte, dice en otra parte el mismo apóstol: *Stimulus peccati mors.* (I. Cor. XV. 56).

Dios habia creado al hombre inmortal de cuerpo y de alma; pero el pecado le hizo perder aquella inmortalidad. El Señor se lo anunció con aquellas terribles palabras: Eres polvo, y te convertirás en polvo: *Pulvis es, et in pulverem reverteris.* (Gen. III. 19).

Al ver qué crueldades estragos ejerce la muerte, debemos comprender la enormidad del pecado mortal... Entra en el mundo, y va en pos suya la muerte...

El que no ama á Dios ni á sus hermanos permanece en la muerte, dice el apóstol S. Juan: *Qui non diligit, manet in morte.* (I. III. 14). Así pues, el que peca mortalmente, deja de amar á Dios; está herido de muerte.

(1) Peccatum vocat vanitatem, quia facientibus peccatum facile textitur, et adeo inane in se est ac futile, uti araneum tela; sed, cum inde exire voluerimus, solidissimi vinculis neclimur. (In Isaia).

4.º El pecado mortal nos hace cautivos.

5.º El pecado mortal da la muerte al cuerpo.

6.º El pecado mortal mata el alma.

La muerte del alma se verifica con la privación de la gracia santificante y el abandono de Dios. Cuando el alma está separada de Dios, le sucede lo que al cuerpo cuando está separado del alma... Dios es la alegría del alma; si se aparta de ella, muere...

El pecado consumado engendra la muerte, dice el apóstol Santiago: *Pecatum, cum consummatum fuerit, generat mortem.* (I. 15).

Conozco tus obras, dice Dios en el Apocalipsis, dirigiéndose al pecador; pareces vivo, pero eres muerto: *Scio opera tua; nomen habes quod vivas, et mortuus es.* (III. 4).

El alma que ha pecado morirá; dice Ezequiel: *Anima que peccaverit, ipsa morietur.* (XVIII. 20).

Se sabe, dice S. Agustín, se sabe que muchos llevan almas muertas en cuerpos vivos: *Multi in corporibus vivis animas mortuas portare noscuntur.* (Lib. I de verbis Domini).

El pecado es la muerte del alma inmortal, muerte que deja al hombre vivo, y a la que ni la muerte del cuerpo ni la eternidad ponen fin. Es la segunda muerte, la peor de todas...

7.º El pecado mortal provoca la maldición de Dios. Ved, exclama el profeta Jeremías, ved lo que dice el Señor: Maldito sea el hombre que confía en el hombre..., y cuyo corazón se aleja del Eterno! *Maledictus homo qui confidit in homine..., et a Domino recedit cor!* (XVII. 5).

David expresa entórgicamente la fuerza con que la maldición divina persigue al pecador obstinado. Ha amado la maldición, dice, y ésta caerá sobre él; no ha querido bendición, y ésta se alejará de él. Se ha cubierto con la maldición como con una capa; ha entrado como agua en sus entrañas, y ha penetrado como aceite en sus huesos. Sea ella para siempre su vestido y el cinto que oprima sus riñones. Tal es el salario que Dios reserva á sus enemigos (1). Si tan terrible es la maldición de un padre para sus hijos, ¡qué será la maldición de Dios!

8.º El pecado mortal es la única causa de la mala muerte. La muerte de los pecadores es muy mala, dice el Salmista: *Mors peccatorum pessima.* (XXXIII. 22). La muerte del pecador es una muerte terrible, dice el Eclesiástico: *Mors illius, mors nequissima.* (Eccli. XXVIII. 25).

En su muerte, dice el Real Profeta, el impío verá y se irritará, rechinarán sus dientes, y se separará de rabia, pues el deseo de los impíos perecerá: *Pecator videbit, et irascetur, dentibus suis fremet et tabesceat: desiderium peccatorum peribit.* (III. 9).

La muerte del pecador en la impenitencia final, es una muerte en la desesperación, una muerte irreparable, desgraciada, la muerte de los réprobos...

(1) Dilixit maledictionem, et venit ei; et noluit benedictionem, et elongabitur ab eo. Et induit maledictionem, sicut vestimentum, et intravit sicut aqua in interiora ejus, et sicut oleum in ossibus ejus. Fiat et sicut vestimentum, quo operiatur; et sicut zona, qua semper praeingitur. Hoc opus eorum, qui detrahebant apud Dominum. (CVIII. 18-20).

Si no teméis el pecado, dice S. Agustín, temed por lo ménos la muerte eterna. ¡O miseria de los pecadores! Muriendo dejan el objeto que los lleva al pecado y llevan sus pecados, principio de una condenación eterna. No hay muerte peor que aquella que conduce allá donde la muerte no muere. Desgraciados pecadores; lo que quieren no es, y lo que no quieren existe. Quisieran siempre el placer del pecado, y este placer pasa en seguida; no quisieran la pena del pecado; y no sólo la hallan, sino que, si no se convierten, será eterna (1).

El pecador, dice el Apocalipsis, beberá vino de la ira de Dios, que está mezclado con vino puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre. El humo de sus tormentos subirá en los siglos de los siglos, y no tendrán reposo ni en el día ni en la noche (2).

El que peca mortalmente trabaja por la segunda muerte, es decir, por el infierno, dice S. Ambrosio: *Qui peccat, fructum facit mortis secundae, id est, fructificat gehennae.* (Serm. III).

¡Qué más hace el pecador, cuando peca mortalmente, que encender dentro de sí mismo el fuego eterno?

(Véase Infierno).

Despreciando el pecado mortal, quebrantamos el poder de Satanás; pero, entregándonos al pecado, el demonio vendrá á nosotros, ó más bien nos transformará en demonios. El que posee á Dios queda en cierto modo transformado en Dios; pero el que tiene al demonio en su corazón, se convierte también en demonio; recibe el sello de aquella bestia infernal.

Cuando el hombre vive según sus inclinaciones, y no según Dios, llega á ser semejante al demonio, dice S. Agustín; porque para permanecer en la verdad el mismo ángel ha debido vivir, no según ángel, sino según Dios (3).

Con el pecado el ángel se convierte en demonio; con el pecado, el hombre tiene la misma suerte... El que peca es del demonio, porque el demonio peca desde el principio, dice S. Juan: *Qui facit peccatum, ex diabolo est, quoniam ab initio diabolus peccat.* (I. III. 8). El mismo apóstol llama á los pecadores hijos del demonio: *Fili diaboli.* (I. III. 10).

El demonio es el príncipe del pecado y el padre de los males, dice S. Cirilo: *Princeps peccati diabolus est, et pater malorum.* (Homil.).

El pecado mortal, dice S. Ignacio mártir, es un gérmen de Satanás que transforma al hombre en demonio. (*Epist.*)

¡Ved qué funesto es el pecado! Él engendró todos los males de que es víctima el hombre, y la muerte temporal, y la eterna...

(1) Infelices peccatores, quod volunt, non est; quod nolunt, adest. Vellent semper peccati delectationem, et transit subito; nolent penam peccati, et adest, et erit eterna, si non convertantur. (Homil. XLII. inter 1).

(2) Bibet de vino irae Dei, quod mixtum est mero in calice irae ipsius et cruciabitur igne et sulphure. El fumus tormentorum eorum ascendet in secula seculorum; nec habent requiem die ac nocte. (XIV. 10-12).

(3) Cum homo secundum se vivit, non secundum Deum, similis est diabolo; quia nec angelo secundum angelum, sed secundum Deum vivendum fuit, ut staret in veritate. (Lib. I. *Retract.*)

9.º El pecado mortal precipita en el infierno, que es la muerte eterna.

10. El pecado mortal transforma al hombre en cierto demonio.

11. El pecado mortal engendra por sí mismo todos los males.

Para saber lo qué es el pecado, fijaos en la única desobediencia de Adán, y considerad cuántas enfermedades, sufrimientos, angustias y pobreza ha ocasionado á los millares de hombres, que desde hace seis mil años se han destrozado entre las espinas de la tierra, y entre este número cuántos han bajado por la eternidad en las profundidades del infierno. Considerad que para expiar esta desobediencia el Hijo de Dios tuvo que morir crucificado entre dos ladrones, y comprenderéis cuánto daña un solo pecado! Entónces, si la pasión os solicita, responderéis: No quiero por tan poca cosa dar nacimiento en mí á pesares que serían tal vez inútiles y eternos.

El pecado mortal produce nueve enfermedades ó calamidades principales, contra las que el Espíritu Santo nos da fuerzas: 1.º las enfermedades, la adversidad y todos los males impuestos al cuerpo y alma...; 2.º la ignorancia en la inteligencia...; 3.º la debilidad en la voluntad...; 4.º el olvido en la memoria...; 5.º la poca fuerza y estabilidad de nuestros deseos, que muchas veces no se resisten á las solitudes de la carne...; 6.º el fuego de la concupiscencia...; 7.º el trabajo que nos cuesta emprender obras heroicas...; 8.º la dificultad que encontramos en perseverar en el servicio de Dios y en el fervor...; 9.º los esfuerzos que tenemos que hacer para orar á Dios como es debido...

Cada vez que el alma peca, recibe una herida, dice Orígenes; si el pecado es mortal también lo es la herida. ¡Oh! ¡Si pudiésemos ver de qué modo es herido constantemente el hombre interior con toda clase de pecados! Si pudiésemos ver las obras que constituyen el pecado mortal, quebrantan y desgarran el alma! ¡Si pudiésemos ver el estado en que ella se encuentra, entónces ciertamente resistiríamos al pecado, aunque esta resistencia nos costase la vida, pero, extraviados por las codicias del siglo, embriagados por los vicios, no podemos notar ni sentir el número y la gravedad de los golpes que, pecando, asestamos contra nuestra alma! (*Homil. VII. in Num.*)

Pecadores, el pecado os hace miserables, desgraciados, pobres, ciegos y desnudos, dice el Apócalipsis. (*III. 17.*)

Oí una voz que me dijo: Ven y mira. Y hé aquí que se presentó un caballo pálido, dice S. Juan, y el que lo montaba tenía el nombre de Muerte, y el infierno le seguía; y se le dió poder en las cuatro partes de la tierra, poder para matar con el acero, el hambre, la muerte y á los animales del globo. (*Apoc. v. 8.*) Tales son los estragos que causa el pecado mortal.

El Egipto fué herido sucesivamente por diez plagas: 1.º el cambio de las aguas en sangre; 2.º las ranas; 3.º los mosquitos; 4.º las moscas; 5.º la pérdida de los animales; 6.º las úlceras; 7.º el granizo; 8.º las langostas; 9.º las tinieblas; y 10 la muerte de los primogénitos. Estas plagas son el emblema de las que se atraen los pecadores: 1.º la discordia...; 2.º las querellas y los tumultos...; 3.º los cuidados que los atormentan...; 4.º la ira y los odios...; 5.º la privación de los bienes temporales que poseen ó envidian...; 6.º los remordimientos de la conciencia...; 7.º la obstinación en el mal...; 8.º la tiranía de las pasiones que los devoran...; 9.º la ceguera en que están sumergidos...; y 10 la muerte y condenación de su alma...

Mi alma, dice el Salmista, está llena de males, y mi vida ha tocado á las puertas de la muerte: *Repleta est malis anima mea, et vita mea inferno ap-*

*propinquavit.* (LXXXVII. 4.) Vuestra ira, Señor, ha descargado sobre mí, y habeis hecho pasar sobre nuestra cabeza todas las olas de vuestro furor. *Confirmatus est furor tuus, et omnes fluctus tuos induxisti super me.* (Ibid. LXXXVII. 8.)

Caen Adán y Eva, y al momento se presentan la concupiscencia, la vergüenza, el conocimiento de su desnudez, el temor, el cuidado de ocultarse, las excusas, la expulsión del paraíso, los dolores del parto, la sujeción de la mujer al hombre, la maldición de la tierra y del trabajo, los sudores, las espigas, la esterilidad, la muerte, la corrupción, la pérdida de Dios y de la eterna dicha, el infierno, etc... En Adán y Eva culpables observad tambien cinco funestos efectos del pecado: 1.º la ciencia del mal...; 2.º la pérdida de los bienes que poseían...; 3.º la confusión...; 4.º los remordimientos de la conciencia...; 5.º su huida de Dios, al temer sus reconvenções y la sentencia que ha de pronunciar contra ellos... Con el pecado, dice S. Bernardo, pasa el placer que no ha de volver, y viene el remordimiento que no ha de dejarnos: (*In peccato transit iucunditas: non reditura; manet anxietas, non reliquitura.* (Scrim. in Psal.)

Seis castigos fueron impuestos por Dios á Adán y su posteridad, castigos que corresponden á los diversos pecados que cometió. El primer pecado de Adán fué la desobediencia, y en castigo sintió nacer la rebeldía de su carne y de sus sentidos. El segundo fué la gula, y en castigo fué condenado al trabajo y á la fatiga. El tercero fué el robo del fruto prohibido, y en castigo quedó sujeto al hambre, á la sed, al frío, al calor, á las enfermedades, etc. El cuarto fué la infidelidad que le llevó á no dar fe á la palabra del Señor, creyendo la de la serpiente; y en castigo quedó sujeto á la muerte. El quinto fué la ingratitude, y en castigo fué privado de las cosas necesarias para la existencia que habia recibido de Dios, y destinado á convertirse en ceniza y polvo... El sexto fué el orgullo, y en castigo fué privado del Paraíso, de la dicha celestial, de la compañía de los ángeles, de la posesión de Dios, y condenado al infierno...

El Señor puso una señal en Caín, dice el Génesis: *Posuítque Dominus Caín signum.* (IV. 15.) Ved los resultados y los castigos del segundo pecado cometido en la tierra: 1.º el temblor de los miembros; 2.º la fuga y el destierro; 3.º el temor y la consternación; 4.º la rebelión de la misma tierra contra Caín; 5.º la vida errante...

En castigo de otros pecados cometidos por los hombres, Dios anegó la tierra con las aguas del diluvio. Más tarde aniquiló á Sodoma y Gomorra con una lluvia de fuego y azulre, etc...

Porque no hemos obedecido vuestros preceptos, Señor, dice Tobías, hemos sido víctimas del pillaje, del cautiverio y de la muerte, y hemos llegado á ser la fábula y el juguete de todas las naciones: *Quoniam non obediimus preceptis tuis, ideo traditi sumus in direptionem, et captivitatem, et mortem, et in fabulam, et in improperium omnibus nationibus.* (III. 4.)

Los bárbaros sacan sus fuerzas de nuestros pecados, dice S. Jerónimo: *Nostris peccatis barbari fortes sunt.* (Epist. III. ad Heliodorum.)

La justicia engrandece á una nación; pero el crimen hace á los pueblos miserables, dicen los Proverbios: *Iustitia elevat gentem; miseros autem facit populos peccatum.* (XIV. 34.)

Las miserias que el pecado atrae sobre los pueblos son terribles y numerosas; atrae injusticias, exacciones, hambre, guerra, peste, sediciones, revoluciones, anarquía, vergüenzas y toda clase de crímenes.

Dos males caerán repentinamente sobre ti, la esterilidad y la viudez, dice Isaías al culpable habitante de Judá: *Venient tibi duo hæc subito, sterilitas et viduitas.* (XLIH. 9).

Los pecados hacen desaparecer la dignidad, la caridad, la fe y todas las virtudes, el culto divino, la religion, los reyes, los pueblos y los reinos.

El poder del pecado es tal que quebranta los pecadores como un vaso de arcilla.

Recordad los siguientes axiomas, que ayudan á comprender cuánto es la malicia y la magnitud del pecado: 1.º El pecado es el peor de todos los males que se han hallado y se hallarán debajo del sol. ¿Quién ha hecho del ángel un demonio? El pecado. ¿Quién arrojó á Adán y los del paraíso terrenal, dispersándolos en esta tierra de miserias? ¿Quién los condenó á la muerte y al infierno? El pecado.

2.º Un solo pecado, aunque sea venial, es un mal mayor que todos los demás males reunidos; porque sólo el pecado ataca á Dios. El pecado es el único mal, el único desorden; todos los demás males, castigos del pecado, son una justicia y el restablecimiento del orden destruido por el pecado.

3.º Comparados con el pecado, no sólo los demás males no merecen el nombre de males, sino que merecen el nombre de bienes; puesto que son el resultado de la justicia vengadora que remedia el pecado con la pena y convierte en orden el desorden.

4.º El pecado es un decidio; es la única espada que mata á Dios, perfectísimo y grandísimo, si él pudiese efectivamente morir.

5.º El Hijo de Dios prefirió hacerse hombre, sufrir y morir, antes que dejar sin expiación el pecado. ¿Quién clavó á Jesucristo en la cruz sino el pecado? El pecado es, pues, un cristicidio.

6.º Si todos los ángeles, buenos y malos, todas las criaturas y el mismo Criador se reuniesen contra un hombre y empleasen todo su poder en agobiarle y atormentarle, no podrían hacerle tanto daño como él mismo se hace cometiendo un pecado, aunque sea venial.

7.º La malicia del pecado no puede compensarse con ningún bien creado; de tal manera, que no fuera lícito cometer un solo pecado venial para convertir el mundo entero ó sacar á todos los condenados del infierno. Puede decirse en verdad que la malicia del pecado es no sólo como infinita, sino incomprensible. Con razon los mártires y los Santos prefirieron morir antes que cometer un pecado.

Hé aquí una sentencia de S. Agustín, que merecería estar escrita en letras de oro: Hay un bien supremo, Dios; y un mal supremo, el pecado; el uno por el cual se han de desear todos los bienes; pero se le ha de desear por lo que es en sí mismo: el otro por el cual se han de evitar todos los males; pero se le ha de evitar por lo que es en sí mismo (1).

(1) Unum est summum bonum; unum summum malum: illud propter quod appetenda sunt bona cætera; ipsum autem propter ipsum. Hoc propter quod declinanda sunt mala cætera; ipsum autem propter seipsum. (Sentent.)

O culpable hija de Jerusalem, alma sumergida en el pecado mortal: ¿A quién te compararé, á quién eres semejante, y á quién te igualaré? exclama Jeremías: *Cui comparabo te, cui assimilabo te, filia Jerusalem, cui exequabo te?* (Lament. II. 13).

Nuestra herencia ha pasado á extraños, y nuestras moradas han sido ocupadas por el enemigo; somos como hijos privados de su padre: *Hæreditas nostra versa est ad alienos, domus nostræ ad extraneos: pupilli facti sumus absque patre.* (Lament. v. 2-3). La alegría de nuestro corazón se ha apagado; nuestros cantos se han convertido en lamentos. La corona de nuestra cabeza ha caído. ¡Desgraciados de nosotros, que hemos pecado: *Deficit gaudium cordis nostri; versus est in luctum chorus noster. Cecidit corona capitis nostri; vobis quia peccavimus!* (Lament. v. 15-16). Acordaos, Señor, de lo que nos ha sucedido; ved y mirad nuestro oprobio. *Recordare, Domine quid acciderit nobis; intueri, respice opprobrium nostrum.* (Lament. V. 1).

El pecado es la causa de todos los males temporales y espirituales...

El pecado mortal es el único mal, y el mal supremo de Dios, del ángel, del hombre y de todas las criaturas...

El misterio de iniquidad se opera, dice el gran apóstol: *Mysterium operatur iniquitatis.* (II. Thess. II. 7).

En la frente de la prostituta de que habla el Apocalipsis estaba escrita la palabra «misterio»: *Et in fronte ejus nomen scriptum: Mysterium* (XVII. 5). El pecado mortal puede llevar la misma inscripción...

Me es imposible, dice Sto. Tomás, me es imposible comprender cómo el que está en pecado mortal puede reír y alegrarse: *Cupere nequeo qua ratione existens in peccato mortali possit ridere et lactari.* (De Peccat.)

Una virgen de Jesucristo decía al morir: Me retiro de este mundo sin haber podido nunca comprender como una criatura hecha á imagen de Dios, capaz de conocerle, amarle, servirle y verle en la bienaventurada eternidad, puede cometer voluntariamente un solo pecado mortal contra su Divino Criador y Redentor.

El pecado mortal supone una ceguera prodigiosa. Es verdaderamente un misterio internal: *Mysterium iniquitatis.*

Para tener una idea del estado en que se encuentra una alma manchada por el pecado mortal, representémosnos:

1.º Una ciudad tomada por asalto donde impere la destrucción y el pillaje...

2.º Un vasto incendio...; y aún hay la diferencia de que en un incendio se pide auxilio, y todos los vecinos lo dan presurosos; en tanto que el alma que ha dejado encender en su interior el fuego infernal del pecado, está muda y se deja devorar sin clamar hácia Dios, ni pedirle auxilio y protección...

3.º Un horrible y formidable naufragio...

4.º Los estragos que acompañan á una guerra implacable...

5.º Los sufrimientos que produce el hambre...

6.º Los que produce la peste...

7.º Representémosnos también á un joven que, en un lugar solitario, en el

Horrible estado del alma que ha cometido el pecado mortal.

fondo de una selva inmensa, en medio de las tinieblas de la noche, cae en manos de ladrones y asesinos...

8.º O bien á un desgraciado atacado por un leon, un tigre ó una serpiente enorme...

9.º O bien á un cautivo encerrado en un oscuro calabozo, poblado de escorpiones y víboras...

10. O bien á un paciente entre las manos de verdugos encarnizados é ingeniosos...

11. O bien finalmente un cuerpo echado en la tumba y entregado á la corrupción y á los gusanos.

(El orador sagrado puede pintar con vivos colores aquellos cuadros que le ofrezcan los rasgos más propios para impresionar á su auditorio, penetrándole de horror por el pecado).

Orígenes del pecado.

El pecado tiene su origen en nosotros mismos; tiene su origen en la voluntad, la inteligencia, la imaginación, la ignorancia, los malos hábitos, la concupiscencia, etc.

1.º La voluntad es la causa inmediata del acto culpable ó del pecado mortal: quiere... 2.º La inteligencia lo propone á la voluntad, y le aconseja que se entregue á un pretendido bien sensible, abandonando el bien real y desobediendo la ley divina, que le prohíbe amar aquel bien... 3.º La imaginación representa vivamente á la voluntad aquel falso bien, y se esfuerza para obtener su consentimiento... 4.º La ignorancia llega al mismo fin que la imaginación, como ocultando á la voluntad la fealdad y la malicia del pecado... 5.º El mal hábito, partiendo de la misma frecuencia del consentimiento que la voluntad ha dado al pecado, lo compromete á quererlo todavía... 6.º Finalmente; la concupiscencia es la causa propia y poderosa de la tentación, y por consiguiente del pecado. Mueve la inteligencia, la imaginación y la voluntad para que cometan el pecado. Da nacimiento á la falta de reflexión, á la ignorancia y á la pasión; provoca las recaídas y el mal hábito, y oculta la malicia del pecado prodigando las promesas de una dicha que siempre es falsa. Con justicia se la llama, pues, principio, arsenal y foco del pecado, y también, como dice S. Pablo, ley de los miembros que combate la ley del espíritu y cautiva al hombre bajo la ley del pecado que está en los miembros (1).

La concupiscencia, cuando ha concebido, engendra el pecado, dice el apóstol Santiago; y el pecado, cuando ha sido consumado, engendra la muerte: *Concupiscentia, cum conceperit, parit peccatum; peccatum vero, cum consummatum fuerit, generat mortem.* (1. 15)

Si se presenta la concupiscencia, dice S. Agustín, rechazadla, guardaos de seguirla; es ilegítima, es licenciosa, es infame y hace que el hombre sea enemigo de Dios: *Surrexit concupiscentia? Nega te illi; noli eam sequi illicita est, lasciva est, turpis est, aliena a Deo.* (Lib. Confess.)

(1) Video aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae, et captivantem me in lege peccati, quae est in membris meis. (Rom. VII. 23).

El primer modo de pecar, dice S. Jerónimo, es pensar en lo que es malo; el segundo es pararse en este pensamiento; el tercero es pasar del pensamiento á la acción; el cuarto es no hacer penitencia después del pecado y complacerse en él. (*Epist. VIII.*)

El primer grado del pecado, dice el abate Ruberto, es darle entrada en la voluntad: entónces el pecador ha muerto en su casa. El segundo es pasar de la voluntad á la acción; entónces el pecador, ya muerto, es llevado á la tierra. El tercero es contraer el hábito del mal; entónces el pecador es enterrado. El cuarto es complacerse en el pecado y resistir á Dios que llama á la penitencia; es luchar por espíritu de orgullo contra la ley divina que reprende; este grado puede compararse á la putrefacción. Obrar así es abandonarse al infierno; es manifestar la resolución de permanecer impenitente y rebelado, es defender su crimen. Por esto aquel crimen viene á ser completamente indigno de perdón y como irremisible. (*In Evang.*)

San Crisóstomo, S. Agustín y Sto. Tomás enseñan que es dificultísimo justificar al pecador, y que se necesita para ello mayor poder que para crear el Cielo y la tierra. Electivamente; el pecado y la gracia, el pecador y Dios están más apartados, son más opuestos que la nada y la existencia. Dios y el pecado son dos extremos, dos enemigos á un grado infinito. Luego nada se resiste á Dios si no es la voluntad del pecador. Y finalmente la gracia y la justificación son de un órden sobrenatural y divino; se necesita un poder supremo para que el pecador degradado y hecho con su pecado inferior á todas las criaturas, y hasta inferior á la nada, llegue á ser superior á todas las criaturas, llegue hasta la justicia y sea amigo de Dios é hijo adoptivo suyo, y en cierto modo participante de la naturaleza divina.

Los perversos difícilmente se corrigen, dice el Eclesiastés: *Perversi difficile corriguntur.* (1. 15). Porque, 1.º pecan, y el pecado es la mayor de las locuras, puesto que es preferir los sentidos á la razón, la pasión á la virtud, la criatura al Creador, es decir, un óbolo á un millon, un grano de trigo á una abundante cosecha, una gota de agua al Océano, un grano de arena al universo, la muerte á la vida, el infierno al Cielo, la suprema y eterna desdicha á la felicidad suprema y eterna... 2.º Los perversos difícilmente se corrigen, porque perseveran con obstinación en el pecado, se complacen en él poco á poco, no se consideran condonables y muchas veces se alaban, vituperando á los justos... 3.º Se corrigen difícilmente, porque no permiten que se les reprenda y amoneste, pues, por el contrario, desprecian y ridiculizan á los que les enseñan el bien y les invitan á practicarlo. Por esto la Sagrada Escritura dice que el corazón de tales insensatos es un plomo vil y que, morirán en la indigencia del corazón: *Cor impiorum pro nihilo, in cordis egestate moriuntur.* (Prov. X. 20 21); es decir una gran privación de inteligencia y de razón...

4.º Se corrigen difícilmente porque no quieren mejorar; huyen de la luz, y la aborrecen...

Dios, dice S. Agustín, debe castigar el pecado, porque el cetro de su imperio es un cetro de justicia. El pecado debe ser castigado, pues de otra suerte no sería pecado. Anticipaos á Dios; si no queréis que os castigne. Castigaos á vosotros mismos, porque es preciso que el pecado sea castigado ó por vosotros ó

Diferentes maneras de pecar.

Dificultad y milagros de la justificación.

El pecado debe ser castigado.

por él. Reconoced vuestra falta para que os la perdone. Perdonais, Señor, al que confiesa sus iniquidades. Perdonais, pero sólo al que se castiga. Así quedarán en buen lugar la misericordia y la justicia: la misericordia, porque el hombre queda libre del yugo que le agobiaba; la justicia, porque el pecado es castigado (1).

Todo pecado, añade S. Agustín, es un desórden. Bajo el imperio de un Dios justo, todo desórden debe ser castigado, y para lograrlo es menester castigar á su autor. Sabido es que el autor del pecado es el mismo pecador. (*In Psalm. XLIV.*)

¿Que es preciso para cometer un pecado mortal?

La tentacion tiene tres grados: primeramente la sugestion ó el pensamiento de lo malo, lo que ordinariamente no constituye un pecado, porque muchas veces la suscita el demonio, sin culpa por nuestra parte y sin consentimiento nuestro... En segundo lugar el deleite que se verifica cuando el alma, no cuidando de rechazar la sugestion, la recibe, por el contrario, con un placer imperfecto; entónces no hay más que pecado venial... En tercer lugar el consentimiento voluntario y deliberado; entónces, si la gravedad de materia acompaña, hay pecado mortal... Por esto dijo S. Isidoro: Con tales aumentos, como por otros tantos grados, el pecado llega á su pleno poder; la sugestion produce el deleite, el deleite el consentimiento, el consentimiento la accion, la accion el hábito, y el hábito produce la necesidad (2).

Hemos de evitar el pecado mortal, y no permanecer en él.

Nosotros, que hemos muerto para el pecado, ¿cómo hemos de vivir en él, dice el apóstol de las gentes? *Qui enim mortui sumus peccato, quomodo adhuc vivemus in illo?* (Rom. VI. 2.)

Hemos muerto para el pecado por medio del bautismo y con nuestra vocacion á la vida cristiana...

Pero ¿qué hacen la mayor parte de los pecadores? Cuando debieran tenerse en pié, caen, y cuando debieran levantarse, permanecen caidos...

Medios para no caer en pecado mortal y salir de este estado.

Para no caer en pecado mortal y salir de este estado es menester:

1.º Temer el pecado.

Habiendo la emperatriz Endoxia amenazado á S. Juan Crisóstomo, los mismos cortesanos de aquella princesa le dijeron: En vano os proponéis asustarle; Crisóstomo no teme más que el pecado: *Frustrá illum terret; Chryso-stomus nil nisi peccatum timet.* (Hist. Eccles.)

He aprendido á conocer la firmeza de Ambrosio, decía el emperador Teodosio; el temor de la majestad imperial no le llevará nunca á conculcar la ley

(1) Peccatum puniatur est Deus quia virga directionis est virga regni ipsius. Punientium est peccatum; si punientium non esset, nec peccatum esset. Præveni illum: non vis ut te puniat? Te puni. Punientium ergo erit, aut a te, aut ab ipso. Tu agnosce ut ille ignoscat. Ignoscis, Domine, confidenti; ignoscis, sed seipsum punientem. Ita servatur misericordia et veritas; misericordia, quia homo liberatur; veritas, quia peccatum puniatur. (*In Psal. XLIX.*)

(2) Istis fomitiis quasi quibusdam gradibus convalescit omne peccatum: suggestio operatur delectationem, delectatio consensum, consensus operationem, operatio consuetudinem, consuetudo necessitatem. (*Lib. Sentent.*)

de Dios: *Novi ego constantiam Ambrosii, et quod nullo regis majestatis terrore legem divinam transgredietur.* (Hist. Eccles.)

Si yo viese por una parte el pecado, y por otra el infierno, dice S. Anselmo, y tuviese necesariamente que elegir una de las dos cosas, elegiría el infierno. Preferiría entrar puro de todo pecado en el infierno á ir al Cielo con la mancha del pecado: *Malle purus á peccato gehennam intrare, quam peccati sordis pollutus celorum regna tenere.* (Lib. de Similit., c. CXC.)

2.º Evitar cuidadosamente el pecado...

Huid ante el pecado como ante la serpiente, dice el Espíritu Santo; porque, si os acercáis, os cogerá. Sus dientes son dientes de leon que matan las almas: *Quasi á facie colubri fuge peccata; et si accesseris ad illa, suscipient te dentes leonis, dentes ejus, interficientes animas hominum.* (Eccl. XXI. 2, 3.)

Absteneos de toda apariencia de mal, dice el apóstol de las gentes: *Ab omni specie mala abstinete vos.* (I. Thess. v. 22.)

Si no aplastamos con el pié los pecados, nos derribarán; si no los reprimimos, harán pesar sobre nosotros su yugo: *Nisi calcati fuerint, conculcabunt nos; nisi premantur, opprimunt nos.* (Scrm. in Psal.)

3.º Orar.

Debemos decir con el Salmista: No entres, Señor, á juicio con tu siervo, pues ningun viviente será justo ante tí: *Non intres in judicium cum servo tuo; quia non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens.* (CXLII. 2.) Venid, Dios mio, en auxilio mio; apresuraos, Señor, á socorrerme: *Deus, in adiutorium meum intende; Domine, ad adjuvandum me festina.* (Psal. LXIX. 1.)

4.º Preferir la muerte á un solo pecado mortal.

Cuando el arriño perseguido por los cazadores se encuentra ante un canchoso pantano y no puede escapar á la muerte, si no lo atraviesa, prefiere dejarse matar, diciendo en cierto modo: Prefiero morir á ensuciarme: *Malo mori, quam sordari.* Tales palabras debieran ser la divisa de los cristianos...

Desde la más tierna edad, S. Luis rey de Francia aprendió de Blanca, su piadosa madre, á preferir la muerte ántes que cometer el pecado mortal. (*Hist. Eccles.*)

San Edmundo, Arzobispo de Cantorbery, decía: Preferiría ser arrojado en un inmenso brasero ántes que cometer voluntariamente un solo pecado. (*In ejus vita.*)

Ved la conducta de José, de Susana, de Daniel y sus compañeros, del santo anciano Eleázaro, etc...

Los mismos paganos confesaban que es mejor sufrir y morir que violar las leyes de la virtud: *Melius est mori, quam facere aliquid contra bonum virtutis.* Dichas palabras las atribuye Diógenes Laercio á Aristóteles. Aun cuando supiese que los hombres habian de ignorarlo y Dios perdonármelo, dice Séneca, no quisiera obrar mal, por lo indigna que es la falta tomada en sí misma: *Et si scirem homines ignoraturos et Deum ignosciturum, tamen peccare non-lem, ob peccati turpitudinem.*

El pecado es una úlcera, una lepra, una choza emponzoñada, un monstruo en el mundo de las inteligencias, un crimen de lesa majestad divina; el hogar donde se alimenta el fuego del infierno, el producto de Satanás y el hijo de la muerte...

5.º Recordar la presencia de Dios.

Señor, dice el Salmista, habeis colocado nuestras iniquidades ante vos, y nuestra vida ha sido iluminada con el rayo de vuestro rostro: *Posuisti iniquitates nostras in conspectu tuo; seculum nostrum in illuminatione vultus tui.* (LXXXIX. 8). ¿Dónde iré para esconderme de vuestro espíritu? ¿Dónde iré para evitar vuestra presencia? *Quò ibo à spiritu tuo? et quò à facie tua fugiam?* (Psal. CXXVIII. 7).

El casto José contestó á la infame Putifar que le provocaba al crimen: ¿Cómo puedo yo cometer esta accion y pecar en presencia de mi Dios? *Quomodo possum hoc malum facere, et peccare in Deum meum?* (Gen. XXXIX. 9).

(Véase Presencia de Dios).

## PECADO ORIGINAL.

**D**ios prescribió la circuncision á Abraham á causa del pecado original y para borrar la mancha que imprime en el alma. (Gen. XVII. 10.) La existencia del pecado original es cierta.

El mismo Jesucristo se sometió á la circuncision por humildad y por obediencia á la ley de Moisés; pero, exento de todo pecado é impecable por naturaleza, no la necesitaba. (Lvo. II. 21.)

Jesucristo ha establecido el sacramento del Bautismo para borrar el pecado original...

Por un hombre, dice el gran apóstol, ha entrado el pecado en el mundo, y con el pecado la muerte; así es que la muerte ha pasado á todos los hombres por aquel en quien todos han pecado: *Per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors; et ita in omnes homines mors pertransiit, in quo omnes peccaverunt.* (Rom. v. 12.)

Todos, hasta los niños, han pecado; pero los niños no pueden tener pecado actual: es menester, por consiguiente, que nazcan con un pecado de origen contraído en Adán...

El Real Profeta confiesa el pecado original: Considerad, Señor, dice, considerad que he sido engendrado en la iniquidad y que mi madre me ha concebido en el pecado: *Ecce in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea.* (L. 6.)

El pecado original es un dogma de fe...

Aunque separados del pueblo judaico, los antiguos pueblos habian tambien conservado recuerdos de la caída del primer hombre y de la maldicion divina, que cayó sobre su raza.

Por envidia de Satanás, dice la Sabiduría, la muerte ha entrado en el universo: *Invidia diaboli mors intraivit in orbem terrarum.* (II. 24).—(Véase el capítulo III. del Génesis). Causas del pecado original.

Aunque la desobediencia de Eva haya precedido á la de Adán, no deja de ser Adán la causa primera del pecado original, de sus consecuencias y propagacion, así como es la causa primera de la generacion. Porque es nuestra cabeza, y en él habian sido colocadas la inocencia y la justicia originales. Esto hace probabilisimo el parecer de que, á pesar de la caída de Eva, no hubiera habido transmision de la falta original, si Adán no hubiese pecado. Así opinan Santo Tomás y muchos teólogos.

Todos han pecado en Adán, dice S. Pablo (Rom. v. 12.); todos, porque, dice S. Agustin, todos los hombres han sido primitivamente aquel solo hombre, es decir, Adán: *Quia omnes homines fuerunt ille unus homo, scilicet, Adam.* (Lib. de peccat. merit., c. X). Todos los hombres han sido aquel solo hombre por su origen; á todos los representó, contenténdolos en gérmen... De la misma manera que el acto actual é el acto del pecado pasa, pero deja